

Capítulo 7

El/la docente como profesional de la enseñanza. Aportes desde las intervenciones en el juego y el jugar

Entrevista al Lic. Pablo Candia realizada por Manuel Dupuy

Manuel: Dividiremos la entrevista en dos partes, Pablo, si te parece bien. En la primera, donde nos ubiques sobre tus comienzos y posicionamiento ante la educación física y, particularmente, el juego. Y, en una segunda parte, adentrarnos en tu forma de intervenir pedagógicamente cuando propones el jugar y esto se inicia con los chicos y chicas.

Pablo: Me parece interesante, comencemos.

PRIMERA PARTE

La Educación Física y el juego

Manuel: Pablo, ¿podrías comentarme cómo fueron tus comienzos dentro de la educación física, tu formación, desempeño laboral?

Pablo: Comencé y quise estudiar educación física porque me gustaba desde la secundaria y, a medida que fui entrando al profesorado, me di cuenta de lo que me gustaba de ella, enseguida, lo comencé a criticar. A mí me gustaba ir, juntarme con mis compañeros, hacer deportes, ganar y todas esas cosas. De repente, me encontré con el gusto por otras cosas de la educación física que eran mucho más interesantes que practicar deportes, aprender sus técnicas, sus métodos y estrategias.

Ya dentro del profesorado, el Fodehum de Adrogué, comencé a interiorizarme. Me recibí en el 2005 y, enseguida, comencé a trabajar en el jardín, lugar que jamás hubiera pensado que me gustaría, a pesar de que ya había trabajado en otros ámbitos. Es más, me pareció muy difícil en mis comienzos, desafiante. En cambio, con chicos/as más grandes me resultaba más fácil detectar lo que estaban necesitando, y con los/as más chicos/as no es así. Demandan muchísima atención y energía, por lo que todo eso me fue atrapando y, hoy en día, mi mayor carga laboral esta puesta en nivel inicial. Si bien es una de las cosas que más me cansa, es una de las que más disfruto.

Manuel: ¿Cómo pensás la educación física, cómo la interpretás, cómo se la explicarías a un/a alumno/a?

Pablo: Me parece que la educación física debería ser un espacio donde cada persona tenga la posibilidad de reunirse con otros/as para desarrollarse y poder encontrarse con su corporeidad, su propia persona. Pienso que no solo tiene que asistir para desarrollar aptitudes exclusivamente físicas o motoras, creo que sirve para desarrollar dimensiones propias mucho más amplias. Es una disciplina donde se pueden desenvolver diferentes aspectos de la persona, al ser en su totalidad, mientras se encuentra con otras.

Los chicos/as más grandes me dicen muchas veces que si yo atiendo todos los deseos y necesidades y, paralelamente, no soy partidario de lo exclusivamente deportivo, puede suceder que me demanden trabajar con deportes. Entonces, es ahí cuando intento que ellos/as mismos logren encontrar una crítica al deporte espectáculo, que vean otras variables en relación a él. No quita que hagamos deportes si surge como iniciativa de los/as chicos/as, pero, seguramente, practicaremos otro tipo de deporte, desde otra perspectiva. Igualmente, no son muchas las oportunidades en las que me lo plantean, una vez que entienden que dentro de las clases de educación física se pueden vivenciar otro tipo de actividades y las disfrutan mucho, se apropian de ese espacio y hasta surgen cosas que uno no las espera.

Suele pasar que se “enganchan” con algo en especial y un día aparece alguno/a con otro elemento, como un *freesbie* (disco para arrojar al aire), y rompe con lo que veníamos haciendo. Creo que desde esta mirada se pueden aprender y vivir otras experiencias. De hecho, siempre suele estar la pelota de fútbol o básquet y, aun así, cuando aparece algún elemento nuevo, automáticamente se vuelcan a él. Hacemos malabares, jugamos con paletas, nos colgamos y trepamos, teatralizamos, e infinidad de actividades que van surgiendo.

Manuel: Bueno, Pablo, la idea es que me cuentes ahora un poco cómo entendés o interpretás el juego y desde qué lugar te posicionás frente al jugar.

Pablo: Bien, voy a intentar definir o hablar acerca del juego, no como sustantivo, sino más llevado al jugar, que lo entiendo como estas actividades que llevan adelante los jugadores en búsqueda de emociones, organizándolo, de manera autónoma, pensándolo junto a los demás, controlándolo ellos mismos. Y, básicamente y principalmente, recalco esta cuestión de ir en búsqueda de algunas emociones.

Manuel: ¿Solés utilizarlo como un recurso metodológico?

Pablo: A ver, constituye la parte central o exclusiva de la clase. De

hecho, trato permanentemente de que se juegue, pero que no se malinterprete este jugar como recurso metodológico que vaya en búsqueda de un contenido o un aprendizaje externo al jugar en sí. Por eso, te confirmo que no lo utilizo como recurso metodológico, pero sí forma parte central de la clase. Y sé que desde la visión de la didáctica más tradicional puede ser entendido como recurso metodológico pero, básicamente, intento que los chicos y chicas que forman parte de la propuesta jueguen y después sí, en otro momento, observar qué es lo que fueron aprendiendo, cómo lo fueron aprendiendo, cuáles son sus intereses, cuáles son sus necesidades, pero no en búsqueda de alcanzar otros objetivos más que aprender a jugar, y que vivencien concretamente ese derecho que tienen, porque me interesa garantizarlo.

Manuel: ¿Y qué es entonces aprender a jugar? ¿Qué necesitan los jugadores para saber jugar o saberse jugadores?

Pablo: Bueno, me parece que de manera compleja necesitamos poder encontrarnos y dispuestos a llevar adelante este tipo de actividades, que también, ahora que las nombro, creo que van mucho más allá de una mera actividad. Pero necesitamos del querer encontrarnos con otro u otra, de querer compartir un espacio, de querer decidir juntos luego de preguntarnos: “¿A qué venimos, en búsqueda de qué vamos?”. Me parece que va por ahí.

Manuel: En el mismo instante en que te voy escuchado, pienso, cómo en términos de saberes o contenidos, ¿qué aparece ahí? ¿Qué interesa que los niños o niñas vayan interiorizando? ¿Qué objetos de la cultura, si se quiere, presentás como juego?

Pablo: Me parece que va más por ese lado, por lo menos mi propuesta. Me parece que los juegos, como parte de nuestra cultura, pueden aparecer o no, dependiendo el día, el interés, sus ganas o mis ganas, o lo que aparezca en ese espacio que intenta favorecer el jugar. Quizás aparezca y quizás no. Pero sí, me parece que forma parte de nuestra

cultura el jugar, como hecho, y que ese jugar tiene determinadas características según cada espacio, cada contexto.

Manuel: O qué tipos de juego aparecerían, a veces se cuelan en las clases de educación física...

Pablo: Me resulta muy difícil clasificar el jugar en función de los tipos de juegos que aparecen. Se presentan tanta variedad de situaciones lúdicas que es difícil poder clasificarlas. Sí puedo describir algunas. Me parece que lo que suele prevalecer, por lo menos en estas propuestas, es la construcción colectiva de situaciones, que nos llevan a divertirnos o a pasarla bien. Entonces, si hablo del nivel inicial, generalmente están más ligadas a lo ficticio, a lo imaginario, a lo fantástico, a esos desafíos de “Che, bueno, ¿y ahora qué hacemos para divertirnos?”. Incluso preguntarse entre los niños, el famoso “Te juego a...”, “¿A qué?”, “No sé... a que hay un monstruo... un bosque”. Considero que lo imaginario y lo ficticio es lo que prevalece, aunque también es tan variado ese mundo, ese ámbito lúdico, que muchas veces cuesta interpretarlo. Hasta como docentes no sabemos qué es lo que están haciendo los niños. Podemos ver indicios que nos lleven a inducir a qué están jugando, por qué se ríen, por qué comparten, qué sé yo, mirada cómplices, porque parecen disfrutarlo, pero “a qué están jugando” muchas veces no tengo ni idea.

Manuel: Hablaste del nivel inicial ¿Y en edades más avanzadas?

Pablo: Eh... en primaria...

Manuel: A lo mejor continúa parte de esto también, ligado con lo que venías diciendo con respecto a la imaginación.

Pablo: Creo que, en primaria, y más aún en secundaria, empieza a desaparecer este mundo, por decirlo de algún modo, pero sigue prevaleciendo el acuerdo para pensar juntos “¿Che, a qué vamos a jugar?”, sobre todo en pibas y pibes que vienen vivenciando este tipo

de propuesta. Ellos/as no van a permitir que alguien les diga a qué tienen que jugar, porque reconocen esa circunstancia como algo falso, sino es legítimo el "¡Vamos a pensar juntos a qué jugamos!". Me parece que en primaria sí aparecen los desafíos, estoy inventando los nombres, los desafíos motores pero contruidos particularmente por los jugadores. "Che, ¿nos fijamos si podemos hacer una torre entre nosotros?", "¿Probamos si podemos hacer equilibrio sobre tal lugar?": me parece que va por ese camino. "¿Tratamos con esta pelota?".

Manuel: Bien, esto que decís tiene que ver con el sentido, la dirección, el cauce del que estuvimos hablando.

Pablo: Sí, sigo insistiendo: el sentido lo ponen los jugadores y ese sentido está en encontrar emociones. Una emoción, muchas veces, es la "adrenalina", el desafío, por ahí, incluso, a las normas establecidas: "Che, no se puede correr en el colegio", "Bueno, acá si podemos correr, nadie nos va a venir a decir que no corramos". Muchas veces no se entiende el sentido, están en tercer grado y corren, corren, corren... "¿A qué están jugando?", "A correr", y simplemente el sentido debe pasar por sentir el viento en la cara, qué sé yo, reírnos todos juntos sin entender por qué y darnos la mano, ir corriendo de un lado para otro, jugando a estar a un paso de caerme, pero sabiendo que no pasa nada, porque si te grito "¡Che, pará que me estás llevando muy fuerte", paramos. Va por ahí. La diversión, liberarse del "deber hacer": "¡Ahora es mi momento, ahora estoy jugando... Estoy disfrutando". Mi apropiación de esa instancia lúdica, que también genera alguna emoción particular, de saberme dueño de mi corporalidad... "¡Acá soy dueño de mí mismo!".

Manuel: Sí, sí, ¿y si ahí se instala la competencia? ¿Qué pasa con eso?

Pablo: Sí, no voy a negar que no aparece, pero, sinceramente, creo que es dejada de lado rápidamente. No sé con grupos nuevos, he tenido pocas posibilidades de grupos nuevos, eso de tomar alguno a mitad de año, generalmente tuve continuidad con los grupos con los

que trabajé. En algunos/as pibes/a aparece porque es lo que está en la tele, es lo hegemónico, forma parte de nuestra cultura también, pero es dejada de lado, no tiene lugar por los propios jugadores. Enseguida aburre porque no los deja jugar: ¿dónde está lo divertido de que me metan seis goles y yo no haya podido meter ninguno?, ¿dónde está lo divertido de ganar siempre una carrera, si puedo encontrar emociones en ir corriendo juntos de la mano? Creo que en seguida los pibes reconocen que competir puede ser divertido, una, dos, tres veces, pero cuando no puedo alcanzar esos objetivos que vos pusiste, porque vos fuiste el que me dijiste a ver quién corre más rápido, en seguida lo dejan de lado. Pero, bueno, también admito que los/as chicos/as vienen aprendiendo a jugar y siguen aprendiendo, desarrollando el jugar, entonces lo tienen tan apropiado, tan hecho carne esa manera de jugar, ese modo de jugar, que, entonces, pasa a un segundo plano la competencia.

Manuel: ¿Y cómo invitás a eso? A que se den ese tipo de situaciones, con libertad, con opcionalidad también.

Pablo: Creo que es más simple de lo que uno se pueda llegar a imaginar. Es eso de invitar diciendo: “Vamos a jugar, tenemos estos materiales”, pensar a veces de antemano “¿Qué tendrán ganas de hacer?”. Creo que ahí se rompe algo, al brindar la posibilidad de que cada uno verdaderamente pueda hacer lo que quiera, y entender que ese espacio es para eso, reflexionando acerca de si esos deseos de hacer lo que quiero implica lo peligroso, la posibilidad de lastimar a otro, de evitar a otro, o hacer lo que quiero, encontrándome verdaderamente con el otro, respetando los espacios y tiempos de cada uno/a. Por supuesto hay que trabajarlo, reflexionarlo.

Manuel: Es permanente.

Pablo: Claro, pero, a ver, quizás la invitación es verdaderamente tan honesta que mi trabajo es posterior, más durante, si se puede decir. Invito a jugar permanentemente. En realidad, lo que hago es más invitar

a jugar de determinada manera, porque en mis clases “¡se juega, viejo, venimos a jugar, es otra cosa, verdaderamente!”. Ahora, si en ese jugar aparece la exclusión, ahí voy a intervenir y les voy a decir: “Chicos/as, puede ser una manera de jugar, pero no deberíamos hacerla ni acá ni en ningún otro lugar. ¿Por qué piensan que no tendríamos que hacerlo así?”. Y empezar a construir, entre todos, una conciencia colectiva acerca de cuáles serían las mejores maneras de ir en búsqueda de emociones y no perjudicar a otro o a nosotros mismos.

Manuel: ¿Pensás la posibilidad de poder invitar a jugar, no solamente el juego histórico y culturalmente reconocido como juego, sino otra práctica? Deportiva, por ejemplo. ¿Se puede jugar a eso? ¿Qué ajustes serían necesarios?

Pablo: A ver, insisto en que otras prácticas culturales, corporales, aparecen en las clases, pero enseguida los pibes y las pibas las reconocen como prácticas que no corresponden al ámbito de la educación física. Es decir, y quiero recalcarlo, no corresponden a ese espacio que es de ellos. Existe el fútbol, sí, vamos a jugar, dale, lo jugamos, y enseguida, cuando aparecen esas cosas del fútbol que excluyen, los pibes las piensan, las critican y las modifican, y se ponen a jugar a la pelota, dejan de jugar al fútbol entendido como deporte. Es diferente, no juegan al fútbol.

Manuel: ¿Y otras prácticas?

Pablo: Pensando fuera del deporte, sí, me ha pasado. Candela iba a teatro, armaban escenas teatrales con sus compañeras y algunos compañeros, lo aclaro por esta cuestión subyacente de género, y lo traía como práctica corporal a la clase, cuestión que la podemos pensar desde el ámbito de la expresión corporal. No tengo tan definido el concepto de expresión corporal, pero no sé si sus intenciones eran verdaderamente expresar algo, sino que el sentido de esa práctica era divertirnos, personificando diferentes roles, pero no con las intenciones de expresar con sentido artístico... No sé, por ahí le estoy errando...

no sé... Sí, aparece eso, han aparecido propuestas que tienen que ver con los malabares, que quedan fuera del deporte, aunque hay sectores que quieren apropiárselo y hacerlo deporte, como ha sucedido, también, con el *parkour*. ¿Qué otras prácticas hemos hecho? ¡Bailar! Simplemente eso, bailar lo que está de moda, poner el volumen al "taco" y bailar, como podíamos, como nos salía, divertirnos bailando. Después, bueno, el lugar y los tiempos condicionan mucho, pero hemos organizado bicicleteadas, esas cosas que no forman parte del deporte, pero sí de nuestra propia cultura.

SEGUNDA PARTE

Las intervenciones pedagógicas

Manuel: ¿Qué lugar e importancia ocupa lo lúdico en tus clases?

Pablo: Realmente, le doy mucha importancia. No te diría que sucede permanentemente porque se producen, también, otras situaciones. Pero aparece mucho el juego y los/as alumnos/as disfrutan de llevarlo adelante. Sin embargo, creo que me cuesta exponer un juego o proponer uno, estoy pensando mis clases y claramente no lo hago. Generalmente, aparecen o surgen en algún momento, como algún juego tradicional que traen de la casa o porque alguna vez lo han jugado. También puedo comenzar a jugarlo yo y se involucran, hay veces que funciona, otras no, pero nunca lo llevo al juego planificado. Excepto que enseñar ese juego sea mi objetivo, que pocas veces pasa, en general no lo utilizo como una estrategia para otra enseñanza, o por hacer juegos meramente.

Manuel: ¿Y qué pensás que aprenden/desarrollan cuando están jugando? Respetando esto de que pocas veces proponés vos un juego.

Pablo: Es muy difícil explicarlo, pero si lo hacen por ellos/as mismos/as, creo que esto de encontrarse con los otros es una de las cosas más

importantes. Tratar de resolver entre todos/as los conflictos que aparecen dentro del juego, ponerse de acuerdo con el/la otro/a para la creación de las reglas y el sentido del juego que ellos/as mismos arman. Suelo intervenir cuando un juego puede dejar ciertas cosas, pero en realidad está dejando otras que no me parecen tan significativas. Pero, repito, creo que el encuentro con los/as otros/as es lo más importante. Es por eso que hay que estar atento a qué se genera en realidad, si ocurren desigualdades, violencia, cargadas, lastimar al otro/a, entre otras cuestiones. Siempre intento reflexionar, ponernos de acuerdo entre todos/as, pensar en la manera que se está jugando.

Manuel: Ya que me has dado el pie, ¿me podrías decir en qué momentos intervenís, o cómo lo hacés, desde qué forma de ver la intervención, o por qué sentís que en ocasiones sí debes intervenir y en otras no?

Pablo: Generalmente, en las clases que llevamos adelante hay muchas situaciones que se dan de manera simultánea, entonces, partiendo de ese lugar, las intervenciones las voy resolviendo a medida que observo qué es lo que aparece. Donde percibo que hay algún tipo de violencia, no dudo en hacerlo y no me genera ningún ruido. Otra razón que me moviliza, cuando veo desde afuera que están jugando, pero en realidad lo están haciendo de tal manera que se encuentran perjudicando a un/a tercero/a o el modo de jugar no es el genuino o que a mi ver no es demasiado pedagógico, por así llamarle.

Manuel: ¿Solés no intervenir como intervención?

Pablo: En realidad, siento que cada vez que intervengo hago “macana”. Intervengo, por ejemplo, cuando veo que hay problemas, conflictos entre ellos/as. Si pienso y creo, porque a veces me equivoco, que es necesaria mi intervención, intervengo intentando que ellos/as construyan herramientas para poder resolver esos conflictos que se presentan en cualquier instante e imprevistamente. Siempre dudo de si intervenir o no, ya que generalmente cuando intervenimos como docentes el problema lo solucionamos nosotros, no dejamos que ellos/as puedan

aprender a resolverlo por sí solos/as. U otras veces intervenimos antes de que los conflictos se produzcan y si no se producen esos conflictos, ellos/as tampoco tendrán la posibilidad de aprender a construir herramientas para resolverlos. Entonces, esta duda de si intervenir o no, siempre me hace ruido, cuando hay conflicto y cuando no lo hay. A veces están jugando y tengo ganas de intervenir porque me parece que va a ser más divertido o se van a encontrar más y, si intervengo, pongo alguna regla, me pongo a jugar o propongo algo y me doy cuenta que después de haberlo hecho le “pifié” y cada uno/a se va a hacer otra cosa, a otro lugar. Entonces, cada vez dudo más si intervenir o no.

Si tengo que explicar cómo intervengo, son esas maneras, en esos momentos, generalmente cuando hay conflicto o cuando considero que mi intervención va a ser valiosa para que el juego se enriquezca, para que ellos desarrollen sus propuestas, para desterrar momentos de desigualdad, de abuso del poder, o cuando los/as chicos/as actúan, se adaptan, en función del juego. Quizás también para revertir eso y poner al juego en función de los deseos y necesidades de los/as pibes/as.

Manuel: Me gustaría que me cuentes como es eso de “no intervenir”. ¿Cuál es tu rol, cómo lo haces, qué sentís?

Pablo: Es raro, no hay que interpretarlo como que me voy de la clase a tomar unos mates, ni mucho menos. Estoy ahí y los/as chicos/as saben que estoy para cuando ellos/as me necesitan. A veces, voy caminando cerca de estas situaciones que suceden de manera simultánea dentro de las clases y el/la chico/a entiende que estoy cerca por si necesita algo, para escucharlo/a, para atenderlo/a. En ocasiones me siento al lado de ellos/as para ver que están haciendo. Suelo pedir permiso para ponerme a jugar, salgo de esa situación y vuelvo a caminar por la clase. Estoy todo el tiempo mirando a ver qué pasa, qué acontece, si surgen situaciones donde deba intervenir o no. Desde afuera pareciera que vigilo, pero no es así. Estoy ahí parado y caminando, dispuesto para los/as chicos/as mientras juegan y dispuesto a brindarles lo que ellos/as necesiten o crean necesitar, ya que a veces me piden diferentes cosas para que los/as ayude en el juego, entre otras muchas. Es esto creo:

mirar, observar y estar disponible para los/as chicos/as todo el tiempo, para intercambiar ideas, escucharlos, saber qué les gusta, saber identificar qué cosas les resultan difíciles, placenteras o atractivas, con quiénes juegan, las razones por las que juegan con algunos/as compañeros/as y con otros/as no. Estar atento, verdaderamente, a todo.

Si se presenta la ocasión, delegar u ofrecer la posibilidad de que algún/a niño/a le pueda enseñar a alguien o a varios/as a lo que está jugando y no lo hacés vos propiamente. Por ejemplo, quizás haya un grupo que esté jugando a determinado juego y hay un/a integrante con quien me parece que debería ponerme a pensar junto a él/ella sobre la forma en que está jugando. A lo mejor, lo venía haciendo de manera agresiva, despectiva, insultando, enojándose con los/as demás y lo llamo, me pongo a reflexionar con él/ella sobre lo que está haciendo, el porqué, las razones por las que lo estaba haciendo, y quizás, de esa manera, descubrir que el juego que estaban llevando adelante implica que jueguen de esa manera. Por ejemplo, en el fútbol, si el objetivo es meterle el gol a otro/a sin importar lo que pase y alguno/a se lastima y se cae, generalmente los/as chicos/as van y se fijan qué pasa, pero algún/a otro/a se enoja y recrimina porque “se tiró al piso”, bueno, en ese momento me acerco y le pregunto si le parece que está bien que él/ella pretenda seguir jugando cuando un/a compañero/a se encuentra golpeado/a. Y quizá empiezo a guiarlo/a en cuanto a que existe algo más importante dentro de ese juego y llegamos a ponernos de acuerdo en alguna regla y le pido que se las comente a sus compañeros/as. Entonces, este/a chico/a va y propone lo que acabábamos de construir entre ambos.

Muchas veces, alguien se me acerca a proponerme un juego y nos ponemos a jugar juntos. Luego, le sugiero que invite a otros/as. Si esa construcción llega a incluir a otros/as, les termina enseñando lo que elaboró. Otras veces le o les pido permiso para compartirlo con el resto y llamo a algunos/as más, y luego me alejo para que pueda ser él/ella mismo/a quien termine de enseñarles el juego.

Es algo que suelo hacer, esto de que un/a alumno/a le enseñe a otro/a. Hay chicos/as que disfrutan de este rol. No es que enseñen puramente sino, más bien, comparten. Creo que es esa la función, la de compartir

y la de volver a construir un juego o situación, ya que a medida que este/a chico/a o un grupo de chicos y chicas lo van explicando, los/las otros/as lo van internalizando de manera distinta y se va modificando, apareciendo una nueva construcción. Pero, a pesar de esto, no es mi objetivo que un/a chico/a enseñe. No lo miro por ese lado, puede pasar y no freno esa posibilidad, pero sí habilito el compartir con el resto, que a veces suele ser aceptado y a veces no. Jamás obligo a que el resto haga lo que un/a compañero/a supo desarrollar, aunque sea muy bueno, porque puede no gustarles a todos/as. Lo que sí hago es invitar a que invite a los demás a jugar a lo que inventó.

Manuel: ¿Creés en que haya alguna propuesta o único juego que involucre a todos los intereses de los/as chicos/as? ¿Creés en eso?

Pablo: Es muy difícil, o quizás yo no lo logro hacer. Creo que en realidad tampoco me interesa. Me resultaría muy difícil pensar una situación que involucre a todo un grupo que voluntariamente se haya comprometido con esa situación y pueda llevar a cabo acciones que le permitan desarrollarse corporal y motrizmente, me resulta muy difícil pensarlo. Hacerlo de manera “obligada” seguramente sí se pueda, pero no creo que yo los obligue, va en contra de mis principios.

Manuel: ¿Solés jugar con ellos?

Pablo: Sí, juego de verdad. Como te decía antes, a veces pido permiso y me acostumbré a pedirlo: “Fulano/a, ¿puedo jugar?”. Ya que a veces, como adultos, nos metemos en un juego pensando que el sentido del juego va por un lugar y en realidad va por otro y terminamos haciendo “macana”. Entonces, siempre pido permiso, pregunto cómo se juega y ahí, directamente, me involucro como un jugador más y acepto las reglas. Y si hay algo que no me gusta suelo cambiarlas como hacen ellos y discuto, y si se genera un conflicto lo solucionamos entre todos/as y vemos qué pasa. Si juego lo hago como uno más, no me meto a jugar con otras intenciones. Sí suelo pensarlo antes y, cuando entro, lo hago como un jugador, y si siento que debo salir también lo hago y me corro

del rol de jugador para volver a mirar desde afuera, reflexionar sobre lo que está pasando y estar disponible para el resto de los/as chicos/as. Si hay muchos espacios de juego, si se están construyendo varios espacios de situaciones lúdicas y yo me pongo a jugar con alguien, dejo de estar disponible para el resto. Son pequeños momentos donde estoy jugando verdaderamente, estoy con ese grupito o alumno/a jugando y de algún modo pierdo la atención, inevitablemente, del resto, si bien trato de estar atento todo el tiempo. Y aún más: aunque esté sin jugar, por las características de la clase no puedo estar cien por ciento con cada uno de ellos, es prácticamente imposible.

Manuel: ¿Y si se te acerca algún/a niño/a o grupo y te invita a vos a jugar?

Pablo: Sí, también. De hecho, algunas cosas que evalúo en el momento de mirar a los/as chicos/as es si les gusta y disfrutan esto de compartir lo que van construyendo con los demás. Entonces, si me invitan acepto, claro. Por otra parte, hay nenes/as que nunca me han invitado a jugar con ellos/as y está bien que sea así, que puedan elegir con quién jugar. Los/as que me preguntan si quiero jugar con ellos/as, por lo general son siempre los mismos/as y noto que no pueden compartir con el resto y que con el único que lo hacen es conmigo. Es algo que no me convence, pienso que se están perdiendo la posibilidad de jugar con otros/as y se están haciendo dependiente de mi presencia para poder jugar. En estos casos, sí creo que les estoy enseñando algo cuando les digo que no tengo ganas de jugar, porque jugar tiene que ser voluntario. Uno/a tiene que tener deseos de jugar y el/la otro/a tiene que comprender que el/la compañero/a a veces tiene ganas de jugar, otras no y que eso está bien. De eso se trata, es una elección.

Ellos/as lo entienden muy fácil, aunque a veces les cuesta comprender que “no tengo ganas de jugar ahora”, ya que ellos/as tienen ganas de jugar casi permanentemente. Sin embargo, no se lo toman como algo personal o como que estoy enojado, solamente los hago reflexionar para que comiencen a entender que necesitan a otro/a con quien

jugar y que yo no soy el único con quien pueden hacerlo. Y lo hacen: ese nene que solía preguntarme por si quería jugar, deja de hacerlo o lo hace mucho menos y, en algún momento, se encuentra con el resto de sus compañeros.

A veces, observo a chicos/as que les gusta jugar solos/as, y no creo que este mal tampoco. Solo veo que se están perdiendo la posibilidad de estar con otro/a y ahí es cuando intervengo. Por lo general, me ofrezco a jugar con él/ella para que ese primer encuentro pueda ser conmigo. Nos ponemos a jugar juntos y quizás ahí se abre la posibilidad de que se empiece a dar cuenta de que es divertido jugar con otro/a y que es mucho más rico.

Manuel: En ocasiones, ¿sos de jugar solo en la clase?

Pablo: Sí, y lo hago generalmente con intenciones de que otro/a se sume a mi juego, sin proponerlo, sin obligación de que jueguen. Simplemente, me pongo a jugar entre ellos/as, por ejemplo, con un barril, y me pongo a hacer ese juego con la intención de que otro/a se sume. Considero que, como ese espacio es tanto mío como de ellos/as, cuando encuentro algo divertido por hacer y verdaderamente se puede jugar, a veces se lo enseño a alguno/a y nos ponemos a jugar. A veces solo es divertido para mí, nada más, otras veces le gusta a alguien más. Pero sí, suelo dejar pasar un tiempo mientras estoy jugando y si nadie se acerca, comienzo a invitar, o me pongo a hacer otras cosas o bien sigo estando disponible para el resto. No sé si llego a jugar, pero comienzo a construir y pensar el jugar porque creo que implica muchas otras cuestiones más que ponerse a realizar diferentes acciones motrices.

Manuel: ¿Y con los juegos tradicionales, populares, qué te sucede? ¿Los utilizás?

Pablo: Me pasan varias cosas. Si hablamos del nivel inicial, es un poco más difícil que surja el deporte, pero suelen aparecer juegos tradicionales en los/as más grandes, principalmente los/as de cinco o cuatro años que han ido a fiestitas, generalmente de cumpleaños. En ellas,

los/as adultos/as o aquellos/as que están llevando a cabo la animación les enseñan el “pato ñato”, “manchas” y otros diferentes juegos. Me suelen decir entonces: “¡Queremos jugar al “pato ñato!””. Es ahí –me pasa lo mismo que con el deporte– cuando les pido que me cuenten cómo es el juego y generalmente critico determinadas cuestiones, trato de hacerlos pensar en algunos aspectos negativos. Consecuentemente, comenzamos a buscarle variantes, jugarlo de otra manera, a sentirlo diferente, a buscarle un nuevo sentido.

Esta es una actitud y una práctica permanente: reflexionar sobre lo que hacemos, ya sea un juego tradicional o con cualquier otra cosa que hayamos construido. Pero te digo, si aparecen los jugamos, no tengo problemas. A veces propongo algún juego tradicional que ellos/as no hayan traído y siempre reflexionamos acerca de ello porque creo que es un espacio que se ha perdido.

Nosotros, cuando éramos chicos/as, jugábamos a la “escondida”, a la “mancha”, al “elástico” porque teníamos el espacio. Hoy en día, los/as chicos/as están encerrados/as y no son muchas las posibilidades de que puedan jugar en el barrio, en la calle. Entonces, creo que el espacio lo debe brindar la escuela para que puedan conocerlos y jugarlos.

Sin embargo, si aparecen determinados juegos que puedan llegar a causar violencia, desigualdad, abuso de poder o que puedan instituir determinadas cuestiones que impliquen que el jugar signifique molestar a el/la otro/a, “cargar” a el/la otro/a y no respetar a el/la otro/a, bueno, lo vamos a criticar y repensar que el jugar no va por ese lado, que la vida misma no es así. Siempre intento frenar esas desvalorizaciones y hacerlos reflexionar. Creo que es una buena instancia para pensar nuevos juegos, nuevos sentidos del jugar y permite ir generando valoraciones en los/as chicos/as que les sirvan.

Manuel: Recién me hablabas de que reflexionabas con los/as chicos/as. Quería preguntarte si hay algún momento puntual para hacerlo. ¿Qué buscás a través de esa reflexión? ¿Qué pensás que les estas dejando a ellos/as? ¿Con qué intenciones lo hacés?

Pablo: Creo que comenzar a construir conciencia de que hay ciertas

cosas que están naturalizadas que no deberían estarlo. Empezar a escuchar a el/la otro/a, a hacer valer los derechos propios y ser escuchado/a, va abriendo un espacio de aprendizaje en valores. Criticar ciertas cuestiones que, como te decía, están naturalizadas y que no debe ser así. ¿Cuándo doy el momento y el lugar para reflexionar? Va cambiando, hay veces que es en el momento mismo en que está sucediendo una situación sobre la que creo que debemos reflexionar, pero es casi impredecible. Hay veces que al final de las clases, otras al principio, va variando. Es algo que me pasa por dentro a mí, por eso es difícil de precisar un momento.

Manuel: ¿Y qué utilizás, preguntas, ejemplos? Ante cualquier episodio me refiero.

Pablo: A veces reflexiono con un pequeño grupo, por ejemplo, e intento darme cuenta si todos fueron conscientes de la situación que ocurrió. Entonces comienzo a indagar: “¿Qué pasó? ¡Cuéntenme!”. Y, a medida que vamos dialogando, comienzo a ver si todos/as están siendo conscientes de lo que hablamos y, si no lo están, hacerles saber que no ha sido muy satisfactorio lo pasado. “¿Está bien que agredamos a el/la otro/a? ¿Está bien que nos riamos del otro/a? ¿Por qué?”. Y trato de involucrarlos a todos/as en pos de que comprendan lo cuestionado, el conflicto si sucedió, pero me refiero también a cualquier otra cuestión negativa que pase dentro de juego y habilite ese espacio. En realidad, no para reflexionar sobre las reglas, pautas o normas institucionales, sino sobre las razones por las que existen todas ellas, si están bien o mal. Creo que la reflexión va por ese camino.

Por ejemplo, “el que pega se va a sentar” (regla). No pregunto si está bien pegar, reflexionamos sobre si esta regla anterior es adecuada, si está bien o mal, buscamos alguna alternativa, buscamos las razones por las cuales alguien pegó, y si el niño logra ser consciente de lo que hizo, se arrepiente, pide perdón, qué razón tiene que vaya a sentarse. ¡Ya es suficiente! Porque si “mandamos” a que se siente y no reflexionamos sobre lo que hizo el/la chico/a, no le damos lugar a esa toma de conciencia. Siempre los/as hago partícipes a ellos/as, intento que

sean críticos/as sobre algunas cosas que deben saber, para qué están en realidad, y no solo en el juego, en otras circunstancias también. Muchas veces hay ciertas reglas que hacen que uno/a se ponga en función de ese juego y eso no nos deja jugar. Entonces, les hago replantearse sobre “¡Para qué están ciertas reglas! ¿Están para qué?”. Y muchas veces terminamos pensando que se construyen para cortarnos la posibilidad de jugar verdaderamente, entonces las cambiamos.

Ahora estamos haciendo un juego que en un comienzo era una especie de básquetbol con dos tachos en el salón, dos equipos y jugábamos a embocarla. Y a medida que fuimos pensando y reflexionando en por qué nos pegábamos, porque nos peleábamos, nos “matábamos” para meter la pelota dentro del tacho, cambiamos el juego: ahora somos todos/as un equipo intentando meter la pelota dentro de un solo tacho y nos divierte hacernos pases rápidos y tirarla ahí dentro, y cambió todo a medida que fuimos pensando acerca de las reglas de ese básquetbol, que no eran necesarias para poder jugar. De hecho, a veces coartaba la posibilidad de poder jugar. Hacíamos algo que no era jugar, era otra cosa. No sé si ellos llegaban a tomar conciencia de eso, pero seguramente no era jugar. Estaba dejando de ser divertido, estaba alejando que yo tenga respeto por el otro, no podían ponerse de acuerdo entre ellos, no se dejaba libertad para lo que cada uno tenía ganas de hacer. Daba miedo agarrar la pelota porque otro/a podía venir y golpearme, no podía pegarle con el pie porque no se podía hacer. Entonces empezamos lentamente a jugar de manera verdadera a otra cosa, parecida a lo anterior, pero con otras intenciones. Creo que lo valioso de esos espacios de reflexión acerca de las normas, reglas, de cómo resolver los conflictos, enseñan y generan eso, no solo el juego, sino todo ese camino que vamos atravesando para poder llegar a ponernos de acuerdo para jugar.

Manuel: ¿Solés dar razones optimistas, para jugar de esa manera lúdica, recreativa y, a su vez, exponés razones que vayan en contra de jugar de esa manera que nada tienen que ver con lo lúdico?

Pablo: Sí. Intento siempre hacerlo en segunda instancia. Intento que

ellos/as lleguen a encontrar los fundamentos de por qué jugar de determinada manera “está bueno” y por qué hacerlo de otra “no está tan bueno”. Si ellos/as no llegan a esas conclusiones, suelo decirlo. Si en otra ocasión creo que es necesario que ellos se vayan dando cuenta, no intervengo. Si no, les estoy dando siempre la solución y pierden la posibilidad de hacer conciencia ellos/as de lo que verdaderamente está pasando.

Sin embargo, a veces como estrategia creo válido decirles lo que está “bárbaro” o no, por tal o cual cosa. Decirlo no significa obligarlos/as a que ellos/as lo deban aceptar. También, para que no se estanque esta reflexión, puedo decirles, por ejemplo: “Me parece que si jugamos y retamos o pegamos al otro/a cuando no siguió una regla, eso está mal, ya que lo/a lastimamos, le duele, no es la solución la violencia”. Entonces, es ahí donde aparece y se abre la discusión entre todos/as. Y si ocurriese que vuelva a pasar, nuevamente tendremos que hacer la reflexión e insistir en que jueguen genuinamente.

Manuel: ¿Y qué les decís a ellos/as de por qué es importante jugar de esta manera placentera, democrática, que no interesen o se presenten cuestiones como la violencia, la competencia, el ganar o perder?

Pablo: Es complejo y sencillo a la vez, y va variando. Hay ocasiones en que simplemente es decirles: “Escuchen, no juguemos de esta manera porque podemos llegar a lastimar a otro/a, porque si no nos aburrirnos, debo respetar a el/la otro/a, es mejor si nos escuchamos entre todos/as, si logramos jugar con los/as otro/as”. Es mejor si escuchamos a el/la compañero/a, porque a lo mejor puede decir algo que resulte divertido o que va a ser bueno, además de que en algún momento voy a ser yo quien quiera ser escuchado/a y también es lindo que a uno/a lo escuchen. Por otra parte, si no nos gusta jugar a lo que se está haciendo, existe la posibilidad de poder irnos a jugar a otra cosa. Por ejemplo, si se están pegando entre ellos/as, muchas veces les digo que ese tipo de cosas no voy a permitir las, y ahí sí lo digo sin temor: “Porque a mí no me gusta que me peguen, ni a nadie le gusta que le peguen, sentir dolor, o que nos lastimen, y es muy importante que en la clase no pasen ese

tipo de cosas, porque estamos para otras, en realidad. En la clase de educación física nos venimos a divertir, venimos a jugar con el/la otro/a, a disfrutar, sentir placer por lo que estamos haciendo, a encontrarnos con alguien que nos va ayudar, nos va a escuchar, y ese alguien es tanto el docente como los/as compañeros/as, vengo a encontrarme en un espacio que es diferente al resto de los espacios, que en realidad, deberían ser todos, espacio donde yo tenga derecho a ser escuchado/a, y donde deba respetar a el/la otro/a”.

Manuel: Anteriormente algo me comentabas... ¿Otorgás el espacio donde ellos/as debatan, consensúen, discutan algunas ideas sobre las reglas, algún aspecto del juego, sobre el modo en el cual vienen jugando? ¿Cómo haces para que se genere ese espacio?

Pablo: Hay veces que me acerco mientras están jugando y les pido que se sienten conmigo a charlar sobre lo que estaba pasando y, quizás, luego de algunas preguntas o comentarios que me hayan hecho, si veo que se generó el clima, me levanto y me pongo aparte pero escuchándolos siempre, ya que me interesa lo que está sucediendo, pero me abro de esa discusión y dejo que ellos vayan llegando a sus propias conclusiones, aunque a veces no llegan a ellas. Pero no importa, quizás haya que habilitar el espacio otra vez. Otras veces, luego de un momento, vuelvo a pasar y les pregunto qué pasó, como lo resolvieron, a qué acuerdos llegaron. En ocasiones, al finalizar la clase charlamos sobre algún punto en particular, sobre algún conflicto, sobre alguna determinada manera de jugar que a mi modo de ver no estuvieron buenas o que no se deberían haber generado.

Manuel: ¿Buscás esa horizontalidad de diálogo, de escucharse, de trabajar sobre las relaciones desiguales de poder dentro de las clases?

Pablo: Sí, claro, más en esos momentos que te contaba. Es más, si llega a pasar que no llega a darse esta horizontalidad de diálogo, si hay un/a chico/a que hace uso y abuso de su poder de decisión sobre los demás, claramente ese sería un punto a charlar y reflexionar entre

todos/as. Y pasa a ser el tema a tratar, más allá de que pudiésemos, también, haber estado reflexionando sobre alguna regla u otro tipo de conflicto en ese momento. Por ejemplo: “¿Por qué Juancito es el que siempre decide que hacer o no?”. Pero no como un reto o castigo. En realidad, para que también Juancito lo pueda pensar, hacerle ver que también existen otros/as que pueden y tienen derecho a decidir o proponer. No siempre debe haber alguien que tenga que decidir por los/as demás y, muchas veces, estas cuestiones suelen estar naturalizadas en los grupos. ¿Por qué siempre tienen que existir ese alguien que determine cómo se juega? ¿Por qué siempre el mismo? ¿Por qué debe haberlo? ¿Por qué no nos podemos poner de acuerdo? Y pasa a ser ese el punto de la charla y la discusión.

Por otra parte, quizás sea una característica mía, no me “vuelve loco” que estemos diez minutos de la clase con cinco chicos hablando sobre un punto. No me incomoda tampoco la idea de que en la clase los/as chicos/as estén haciendo diferentes acciones. A ver, me parece tan importante este debate como lo segundo. Entonces, si la discusión venía por cierto lugar, que luego terminó cambiando a otro, bueno, pensamos cómo podemos solucionarlo y a veces también pensar por qué pasó, cómo podemos llegar a solucionar el conflicto en ese momento y cómo podrían solucionarse futuras situaciones a partir de ahí. Creo que esa es la manera de solucionar los problemas: el escuchar a el/la otro/a, el hablar, ponernos de acuerdo, el aceptar que el/la otro/a quizás no esté de acuerdo conmigo, entre otras.

Manuel: ¿Solés utilizar ejemplos? Me refiero a la idea de resolver alguna situación, o transmitir algo.

Pablo: Sí, no siempre, pero quizás lo hago con procedimientos que han pasado anteriormente y que me sirven para traerlos a colación en ese momento. Les digo, por ejemplo: “¿Se acuerdan cuando hicimos tal o cual cosa? ¿No podemos hacer lo mismo ahora? ¿Qué fue lo que pasó la clase pasada cuando Pedro y Juana armaron tal juego? ¿Eso estuvo bueno? ¿No podríamos armar lo mismo?”. Suelo traer ejemplos, pero tampoco me gusta exponer demasiado a los/as chicos/as.

Manuel: ¿Podrías identificar sobre estas intromisiones de las que estuvimos hablando si hay alguna que ejerzas con mayor frecuencia?

Pablo: En relación con algún conflicto, discusión o problema que pudiese aparecer, creo que este momento de las charlas para debatir, pensar y reflexionar es lo que utilizo más seguido. El pensar por qué suceden los problemas, cómo vienen sucediendo las cosas y cómo sería mejor que sucedan, es algo que utilizo más que el resto.

Hablando con algunos de mis compañeros/as colegas, escucho cómo utilizan el castigo. A contracara de esto, llevo adelante la reflexión y la puesta en común sobre lo que va sucediendo y pensar cómo deberían ser las cosas para convivir mejor. Esto del castigo no va.

Y sí, creo que lo que más utilizo cuando hay un conflicto es la reflexión, el pensar y el ponerse de acuerdo. Trato de ayudar a construir herramientas para que se constituya un ser pensante, crítico y reflexivo. Como te decía antes, no solo es que muchas veces pensamos y reflexionamos, sino que criticamos estas sanciones de las cuales te hablaba. Hay veces en el Jardín que juegan las maestras y, de repente, sucede algo y manda a sentar a un/a nene/a por lo que hizo. ¡Entonces, no! ¡No es así! ¡Esto es otro lugar! En este espacio no solemos resolver así las cosas (refiriéndonos a la acción de la maestra). Llamo al nene/a y nos ponemos a pensar por qué golpeó o hizo lo que hizo, si está o no bien lo que hizo, si está bien que se vaya a sentar, y estos momentos de reflexión se dan permanentemente. Y si no hay momentos de conflictos, mientras ellos juegan, como “profe”, lo que más hago es estar observando, atento a lo que está pasando e intervenir jugando. Esa es la manera, pidiendo permiso y metiéndome en los juegos y poder ver lo que está pasando, evaluar, no en el sentido de calificar, sino en el sentido de comprender mejor lo que ocurre ahí, dentro del juego y en cada uno de ellos, ya que a veces, desde afuera, no se llega a comprender.

Manuel: Ya finalizando, Pablo, ¿lográs pensar alguna otra forma de intervenir que no hayamos nombrado o que quieras reforzar, o bien algo que recuerdes de las anteriores y quieras comentar desde otro lugar?

Pablo: Algo que disfruto mucho es darme cuenta o sentir que el/la chico/a verdaderamente se siente dueño/a o participe de ese espacio y que cuando llega sabe que ese momento es especial, que no es cualquier otro momento. Sabe que va a estar bueno, que en ese momento de educación física van a vivir experiencias que no pasan habitualmente, que es su momento y que, si llegaran a pasar malas situaciones, como algún llanto, golpe, o si él/ella mismo/a se equivoca, le sirve de aprendizaje. Los/as pibes/as te miran y comprenden que la cosa es distinta en la clase de educación física, diferente a, quizás, una clase con la maestra, donde si llegara a pasar lo mismo lo/a mandaría a sentar al rincón. Entonces, esto me hace pensar y da tranquilidad de que en algún pequeño aspecto le estoy acertando con mi manera de intervenir, me siento cómodo si la clase fue útil. Ya te digo, hay pibes/as que en muchas clases los/as saludo al principio y al final, pero que durante la clase no tengo que hacer nada con él/ella, a lo sumo, una palabra o mirada, y por ahí pasan dos o tres clases en las que no hubo ningún tipo de intercambio, pero ambos sabemos que ante la necesidad voy a estar y él sabe que yo sé que él está también. Eso me da mucha satisfacción, me hace sentir muy bien.

Manuel: Han sido ideas valiosas, Pablo. Incluso, he podido disfrutar de este intercambio en cada momento. Agradezco la generosidad que has tenido.